

La liturgia, fuente inagotable de la catequesis

Aurelio García Macías

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

«La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza»¹. Esta importante afirmación de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sitúa el sentido de la celebración litúrgica en el contexto de la vida y misión de la Iglesia, y ocupa un lugar central tanto en la vida de toda comunidad eclesial como en la vida de todo bautizado. Señalemos que el texto dice «toda» actividad eclesial tiende a la celebración litúrgica. La misión de la Iglesia comienza con el anuncio explícito de Jesucristo y su obra de salvación en favor de toda la humanidad.

La aceptación del anuncio del Evangelio requiere una comprensión, profundización y personalización del mensaje recibido, que conduce a la aceptación de Jesucristo significada en la recepción del sacramento del bautismo, como primer sacramento de la Iniciación cristiana: bautismo, confirmación y eucaristía. El «iniciado» puede ya participar de la vida en Cristo, alimentándose con el sacramento de la eucaristía y purificándose con el sacramento de la penitencia en el camino de su vida y misión cristianas en el corazón del mundo, junto con los demás sacramentos particulares. Es decir, que el primer anuncio y la formación subsiguiente son requisitos previos para acceder a la vida sacramental de todo cristiano, celebrada en la liturgia, que es alabanza a Dios y santificación de quien participa en ella.

Quien participa en la liturgia está llamado a vivir lo que celebra en ella: el misterio pascual de Jesucristo, misterio de muerte y resurrección, de ofrenda voluntaria hasta la muerte por amor, para

1 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium* (= SC), n. 10.

salvar y dar vida a los demás. La celebración litúrgica se convierte en un motor que anima y transforma nuestra manera de vivir y de actuar. En este sentido, la liturgia es fuente de la vida cotidiana del cristiano: *lex vivendi*. Ciertamente la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pero es cumbre, centro y fuente no solo de la vida del cristiano sino también de la misión de la Iglesia.

En este proceso, es importante señalar la mutua implicación entre formación y celebración. La catequesis anuncia la salvación y la liturgia la comunica. Ambas realidades se implican. La catequesis debe entusiasmar para el encuentro con Cristo; y ese encuentro tiene lugar eminentemente en los sacramentos. Por eso, es inconcebible una catequesis sin celebración litúrgica; y una celebración litúrgica sin catequesis.²

El *Catecismo de la Iglesia Católica* define la catequesis como el conjunto de esfuerzos de la Iglesia para hacer discípulos, para ayudar a las personas a creer que Jesucristo es el Hijo de Dios, para que con la fe tengan vida en su nombre, para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo.³ La catequesis es una educación de la fe que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, transmitida de una manera orgánica y sistemática, con la finalidad de conducir a la plenitud de la vida cristiana. Y está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental.⁴

La liturgia es el misterio de Jesucristo (*lex credendi*), celebrado en una acción litúrgica (*lex orandi*), para dar vida de los fieles (*lex*

² El papa san Juan Pablo II alertaba del riesgo que acechaba si no había una estrecha relación entre catequesis y liturgia. SAN JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae*, n. 23: «La catequesis está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental, porque es en los sacramentos y sobre todo en la eucaristía donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación de los hombres. En la Iglesia primitiva, catecumenado e iniciación a los sacramentos del bautismo y de la eucaristía, se identificaban. Aunque en este campo haya cambiado la práctica de la Iglesia, en los antiguos países cristianos, el catecumenado jamás ha sido abolido; conoce allí una renovación y se practica abundantemente en las jóvenes Iglesias misioneras. De todos modos, la catequesis está siempre en relación con los sacramentos. Por una parte, una forma eminente de catequesis es la que prepara a los sacramentos, y toda catequesis conduce necesariamente a los sacramentos de la fe. Por otra parte, la práctica auténtica de los sacramentos tiene forzosamente un aspecto catequético. En otras palabras, la vida sacramental se empobrece y se convierte muy pronto en ritualismo vacío, si no se funda en un conocimiento serio del significado de los sacramentos y la catequesis se intelectualiza, si no cobra vida en la práctica sacramental»; ver también J. GUITERAS, *Hechos y palabras*, Montserrat 1992.

³ *Catecismo de la Iglesia Católica* (= CCE), n. 4.

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae*, n. 23.

vivendi). La liturgia confiesa la fe en Jesucristo, muerto y resucitado, a través de unos textos y gestos (*ritus et preces*), que comunican, a quien participa en ella, la salvación.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, siguiendo la afirmación ya explicitada en *Sacrosanctum Concilium*, n. 33, afirma que la liturgia es también lugar privilegiado de la catequesis del Pueblo de Dios, porque está intrínsecamente unida a toda acción litúrgica y sacramental, donde actúa Jesucristo en plenitud para la transformación de los bautizados. Habla incluso de *catequesis litúrgica*, que tiene como objetivo introducir en el misterio de Cristo pasando de lo visible a lo invisible, del significante al significado, de los sacramentos a los misterios.⁵

No siempre ha sido fácil esta mutua relación entre la catequesis y la liturgia, particularmente en el periodo postconciliar, como han puesto de manifiesto numerosos autores.⁶ Personalmente, pienso que se han superado ya muchas controversias pasadas y desconocimientos mutuos. Hoy día, hay una mayor comprensión y complementariedad entre ambas realidades, acechadas por el peligro del intelectualismo y del panliturgismo; pero hoy día percibo una serenidad dispuesta al trabajo conjunto, que no era tan evidente en épocas pasadas.

Pero vayamos a la pregunta del título, ¿cómo puede ser la liturgia fuente para la catequesis?

1. La importancia de la Palabra de Dios en la celebración litúrgica

El gran apóstol san Pablo afirma que la fe nace de la escucha de la Palabra de Dios (cf. *Rom 10,17*). Siguiendo esta afirmación

5 CCE, n. 1074

6 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, Directorio General para la Catequesis, n. 30: «La catequesis está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental. A menudo, la práctica catequética muestra una vinculación débil y fragmentada con la liturgia: una limitada atención a los signos y ritos litúrgicos, una escasa valoración de las fuentes litúrgicas, itinerarios catequéticos poco o nada conectados con el año litúrgico y una presencia marginal de celebraciones en los itinerarios de la catequesis». Véase, también, F. BONOMO, *Catechesi e liturgia: le difficoltà di un rapporto*, en *Liturgia e Catechesi. Atti della XXI Settimana di Studio dell'Associazione Professori di Liturgia*, Castelsardo (SS), 30 agosto – 4 settembre 1992, Roma 1993, 13-57; D. SARTORE, *Catequesis y liturgia*, en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, edd. D. Sartore - A.M. Triacca - J. M. Canals, Madrid 1997, pp. 319-320.

podemos decir que toda vida cristiana inicia con el anuncio explícito de Jesucristo y la respuesta positiva a su propuesta de salvación. Así lo confirma el relato de los Hechos de los Apóstoles y la praxis evangelizadora de la Iglesia de todos los tiempos y en todas partes. Y esta ha sido y es la lógica del catecumenado eclesial, que acompaña desde la primera respuesta a la Palabra de Dios proclamada hasta su incorporación plena al seno de la Iglesia.

Tanto la Exhortación postsinodal *Evangelii Nuntiandi* de san Pablo VI como la *Evangelii Gaudium* del papa Francisco sitúan a la Iglesia en un contexto permanente y global de evangelización, «en salida». En los lugares de antigua tradición cristiana se vinculaba la evangelización al contexto de las Iglesias jóvenes o aquellas zonas del planeta que escuchan por primera vez el mensaje del Evangelio. Sin embargo, el último siglo ha demostrado con creces, especialmente en el Occidente europeo, que pertenecer a sociedades de antigua tradición cristiana no es sinónimo a compartir la fe en Jesucristo. Las comunidades cristianas del Occidente del Norte han descubierto que es necesario anunciar a Jesucristo a toda generación y a toda persona, aun formando parte de una cultura vinculada tradicionalmente con los valores cristianos. Y ha descubierto, también, que para anunciar a Jesucristo hay que conocer a Jesucristo. Este conocimiento requiere no solo el saber intelectual y teórico, sino la experiencia de fe vivida y experimentada en el seno de la Iglesia y en el contexto de una historia de salvación.

Considero importante para todo evangelizador y evangelizado en el contexto social y eclesial actual adentrarse en el relato de la *historia salutis*. El anuncio de Jesucristo ha de contextualizarse en la historia de salvación que Dios ha dispuesto en su designio salvífico para la humanidad. En esa historia, - que tiene un principio, un desarrollo y un final-, el centro es el misterio de Jesucristo. Es lo que narra la Biblia. Por eso, el conocimiento de la Biblia es fundamental para todo aquel que emprende un proceso de iniciación o forma parte ya de la Iglesia. Este es el motivo por el que se recomienda encarecidamente la traducción de la Sagrada Escritura a una lengua o cultura que acoge el mensaje

del Evangelio, antes incluso que la traducción de los libros litúrgicos. Al traducir la Sagrada Escritura a una determinada lengua se hace un esfuerzo por clarificar la mayoría de los conceptos y términos que son esenciales en los textos de la liturgia y en el vocabulario catequético.

Cristo es el centro de toda la Sagrada Escritura y es la clave hermenéutica para comprender tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento: «Novum in Vetere latet et in Novo Vetus patet». ⁷Esta afirmación es importante para comprender el valor de la liturgia en la vida de todo fiel y de toda comunidad eclesial. La liturgia proclama los textos de la Sagrada Escritura y en el contexto concreto de cada celebración, por obra del Espíritu Santo, se convierten en Palabra de Dios para la asamblea que participa en ella. Más aún, la liturgia se convierte en el contexto primigenio y más perfecto para la interpretación fiel de los textos bíblicos ⁸. Tales textos nacieron en el contexto de la liturgia y fueron escritos para ser proclamados en el contexto de la liturgia. ¡Claro que pueden ser leídos y estudiados personal y comunitariamente en contextos diversos y perspectivas diferentes muy positivamente! Entre otros contextos está el académico, donde la exégesis bíblica ayuda enormemente a la comprensión del contenido de los textos y su contextualización histórica o teológica; o el catequético, donde la lectura de los textos bíblicos marca el itinerario progresivo de maduración en la fe.

La diferencia entre estos contextos es que la teología, la exégesis, la catequesis... lee la Sagrada Escritura para reflexionar y pensar sobre el misterio de Jesucristo; mientras que, en la liturgia, al proclamar la Sagrada Escritura, se hace presente Cristo. Esta es una diferencia substancial respecto a los mencionados contextos catequético o académico. El texto escrito al ser proclamado en el contexto litúrgico se hace palabra viva y eficaz, Palabra de Dios. Cristo está «presente en su palabra, porque es él mismo quien habla cuando las Sagradas Escrituras son leídas a la Iglesia» (SC, n. 7).

⁷ SANTI A. AUGUSTINUS, *Quaestiones in Heptateuchum*, 2, 73 (PL 34, 623); cf. Dei Verbum 16.

⁸ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Madrid 1994, pp. 118-119: «Hoy, todavía, es sobre todo en la liturgia donde los cristianos entran en contacto con las Escrituras, en particular en ocasión de la celebración eucarística dominical... la liturgia, y especialmente la liturgia sacramental, de la cual la celebración eucarística es su cumbre, realiza la actualización más perfecta de los textos bíblicos, ya que en ella sitúa su proclamación en medio de la comunidad de los creyentes reunidos alrededor de Cristo para aproximarse a Dios. Cristo está entonces. El texto escrito se vuelve así, una vez más, palabra viva».

1.1. Sobre las lecturas

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, convencida del valor de la Sagrada Escritura para la vida espiritual de los fieles católicos, decidió ofrecer una lectura más abundante, mas variada y más adaptada de textos bíblicos en la liturgia: sacramentos, sacramentales y Liturgia de las Horas. De este principio surge, por ejemplo, la reforma del Leccionario de la Misa (cf. SC, n. 35). La comisión encargada de preparar este trabajo, aprobado posteriormente por el papa Pablo VI, dispuso que los textos fundamentales para la comprensión de la historia de la salvación fueran proclamados los domingos, a fin de favorecer su escucha por un mayor número de fieles. Esta decisión dio lugar al ciclo trienal de lecturas dominicales para la misa, que otorga un lugar privilegiado al Evangelio. Algún autor piensa que ha sido la reforma más espectacular de la reforma litúrgica pedida por el Concilio Vaticano II; y, hemos de señalar, que muy bien acogida en algunos países de tradición reformada, has el punto de asumir totalmente o en parte el Leccionario actual del Rito Romano en sus propias celebraciones.

El Leccionario distribuye los textos bíblicos según la hermenéutica propia de la Iglesia de Roma a lo largo del año litúrgico y con una lógica estructural típica del Rito Romano, en la que se alternan momentos de lectura, de silencio, de canto y de oración. La disposición actual del Leccionario de la Misa prevee la sucesión de tres lecturas: «la primera, del Antiguo Testamento; la segunda, del Apóstol (esto es, de las epístolas o del Apocalipsis, según los diversos tiempos del año); la tercera, del Evangelio. Con esta distribución, se pone de relieve la unidad de ambos Testamentos y de la historia de la salvación, cuyo centro es Cristo contemplado en su misterio pascual».⁹ La lógica descrita es un itinerario ascendente hasta culminar en la proclamación del Evangelio. La primera lectura nos vincula con la Primera Alianza que Dios hizo con el pueblo de Israel (excepto en el tiempo de Pascua que se lee el libro de los Hechos de los Apóstoles). Tras la primera lectura se canta el salmo responsorial como respuesta a la Palabra

⁹ *Misal Romano reformado por mandato del Concilio Vaticano II*, promulgado por la autoridad del Papa Pablo VI, revisado por el papa SAN JUAN PABLO II. Leccionario, Prenotandos, n. 66.

de Dios proclamada previamente. Suelen tener una vinculación temática. La segunda lectura habla de la nueva Alianza hecha por Dios en Jesucristo y trata de los temas centrales de la predicación cristiana. Hasta aquí los fieles han estado sentados, escuchando serenamente las lecturas y cantando el salmo responsorial. En este momento, comienza una aclamación cantada que anticipa algún versículo importante del Evangelio. Los fieles se ponen de pie, el ministro se prepara con una bendición, inclinación y oración especial, se lleva el Evangelario al ambón, todos los fieles se signan, se incienso el libro... ¿qué ocurre en este momento?, ¿qué señalan todos estos signos de veneración? La lectura del Evangelio, que es palabra del mismo Cristo. La propia ritualidad acompaña la importancia central de la proclamación del Evangelio, no solo en el Rito Romano, sino también en otros Ritos litúrgicos con ritualidad diferente, pero con el mismo significado.

Sería también interesante hacer un pequeño inciso explicativo sobre la liturgia sinagoga para comprender mejor, no sólo el relato evangélico de Jesucristo en la sinagoga de Nazaret, sino también la estructuración de los textos bíblicos en el Rito Romano. En la liturgia sinagoga, la primera lectura se toma siempre del Pentateuco y es continua; de tal forma, que los judíos leen constantemente los cinco primeros libros de la Biblia. La segunda lectura, tomada de los libros proféticos, es elegida por el segundo lector y tiene relación temática con el texto proclamado previamente en la primera lectura. Cuando invitan a Jesús a proclamar el texto profético en la sinagoga de Nazaret, es él quien elige el pasaje mesiánico del profeta Isaías, que aplica a sí mismo, con el escándalo subsiguiente de los presentes.

1.2. Sobre la homilía

La homilía tiene como finalidad facilitar a los fieles la comprensión de la Palabra proclamada. Es un ministerio propio de quien preside la celebración litúrgica. No se trata de una exhortación al margen o paralela a la celebración litúrgica, como el antiguo sermón; sino que parte de los textos bíblicos proclamados, haciendo referencia oportunamente a los textos eucológicos, para llevar a los fieles a una activa participación en la liturgia y apli-

carlos a la vida concreta de los fieles. No siempre se respeta este principio. Y, en ocasiones, se convierte en una predicación temática, con frecuencia moralizante, sin tener en cuenta el mensaje que Dios mismo ha querido comunicar a su pueblo a través de los textos seleccionados por la Iglesia para esa ocasión. La homilía, como parte de la liturgia, se recomienda frecuentemente y se prescribe en las celebraciones más importantes.

El magisterio de la Iglesia ha insistido varias veces en estos años postconciliares para cuidar el ministerio de la homilía con una preparación responsable para una ejecución adecuada y fructuosa. Recientemente el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* reflexiona sobre la homilía y su necesaria preparación¹⁰.

1.3. Sobre los lectores

Otro aspecto importante, ligado al tema que nos ocupa, es el ministerio del lector. Si somos conscientes que Cristo se hace presente en medio de su Iglesia en la Palabra proclamada y que, al proclamar las lecturas, «Dios dirige su palabra a su pueblo»¹¹ es evidente que hemos de cuidar con esmero y respeto la proclamación de la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas. La experiencia no dice lo mismo. Por desgracia, en muchas ocasiones, estamos habituados a improvisar la lectura de los textos bíblicos, confiando este ministerio a personas inadecuadas para ello y sin la mínima preparación. Pienso, por ejemplo, en muchas celebraciones del matrimonio, de las primeras comuniones, o en las misas dominicales en las que participan los grupos de la catequesis. Llevados por una buena voluntad, queremos que los niños o jóvenes «hagan algo» en la celebración, con el fin de que se sientan involucrados y menos ajenos a la celebración. Por supuesto, que todo esto con el aplauso de los padres y familia de los interesados. Sin embargo, el resultado no suele ser muy satisfactorio. Los niños y jóvenes, por lo general, no están habituados a proclamar –no digo leer– en público y los fieles apenas reciben el mensaje de las lecturas. Ciertamente ha intervenido el

¹⁰ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, nn. 135-159.

¹¹ *Misal Romano reformado por mandato del Concilio Vaticano II, promulgado por la autoridad del Papa Pablo VI, revisado por el Papa Juan Pablo II. Ordenación General del Misal Romano*, nn. 29.65.

joven; pero la asamblea no ha escuchado la Palabra de Dios. El deseo es bueno; pero el resultado es deficiente. A la larga, el joven lector se desencanta y la asamblea también, porque termina por no escuchar ya las lecturas. ¡Qué diferencia hay cuando se proclama bien un texto en la liturgia! No se si habéis tenido esta experiencia. El silencio significativo en el ambiente manifiesta que los fieles siguen con atención el texto.

Sinceramente, considero importante que los textos bíblicos sean leídos por personas con cualidades para ello. En la celebración de las primeras comuniones, por ejemplo, no es precisamente el mejor momento para que lean los propios niños que van a comulgar. Bastante hacen ya participando por primera vez en la comunión eucarística. Esa es su principal participación. Sin embargo, llevados por el intervencionismo más que por la participación, les encomendamos una serie de lecturas, oraciones, gestos, cantos... que aturden a los pobres niños y les tienen en tensión durante toda la celebración para no equivocarse en el inusual repertorio que tienen que hacer ese día. Como párroco durante muchos años, tanto en parroquias de pueblo como de ciudad, he luchado por liberar a los niños de la primera comunión de esta carga, con la esperada resistencia de catequistas y padres. Los niños que participaban habitualmente en la misa, durante el proceso catequético, había llegado a familiarizarse con un ambiente, unas oraciones y unas respuestas, que desaparecían el día de su primera comunión. En ese día se modificaba todo a lo que estaban habituados: ritos de entrada, lugar asignado, intervenciones y oraciones, fotografías por doquier... todo era diferente, y percibía, en el rostro de muchos de ellos, desconcierto, más que alegría por la llegada del día esperado. Claro que es un día y momento especial; comprendo que algunos justifiquen todo esto... pero mi interés es hacer una llamada a cuidar la proclamación de la Palabra de Dios en toda celebración litúrgica. No en vano, podríamos decir que el lector es el último eslabón en la cadena de la revelación: Dios habló a los profetas; los autores bíblicos, inspirados por el Espíritu Santo, pusieron por escrito la palabra recibida de Dios; y el lector comunica la Palabra escrita a la comunidad de fieles reunida. Si él no realiza bien su ministerio, la Palabra de Dios no llega a los fieles. Es im-

portante que todo lector capte la responsabilidad que asume. Es un ministerio instituido en la Iglesia; aunque hoy día se realiza generalmente por medio de ministros reconocidos en una comunidad. El lector es un siervo de la Palabra de Dios, que debe estar familiarizado con ella, conocer, leer y estudiar personalmente la Escritura, máxime los textos que ha de proclamar. Solo así podrá ser un servidor de la Palabra de Dios, comunicándola competentemente a la asamblea litúrgica. Esto requiere también una técnica «profesional» que le ayude a proclamar solemnemente en público el mensaje de Dios escrito.

Es deseable que en la formación de presbíteros, diáconos, ministros eclesiales y catequistas se incluya la importancia de la Sagrada Escritura y las exigencias que conlleva una buena celebración de la Liturgia de la Palabra. Así, gracias a los esfuerzos de todos, la Iglesia continuará la misión que le ha sido confiada, «tomar el pan de vida de la mesa de la Palabra de Dios, como de la del Cuerpo de Cristo, para ofrecerlo a los fieles».¹²

El conocimiento de la Sagrada Escritura es básico para comprender la liturgia, porque nos mantiene constantemente inmersos en la *historia salutis*, ayuda a captar el lenguaje y contenido de las oraciones, introduce en el significado de los signos y abre a la dimensión eclesial. Ciertamente, la palabra de Dios proclamada, viva y eficaz, provoca la respuesta de los fieles, que se transforma en oración eclesial. La Palabra de Dios siempre es la misma, pero nosotros somos diferentes. Por eso, la Palabra de Dios es percibida siempre de modo diferente en cada uno de los fieles.

2. La «mistagogía» de la celebración

Jesús anuncia y comunica su mensaje de salvación por medio de palabras y gestos. Los relatos evangélicos que describen sus milagros no olvidan nunca describir este doble aspecto cargado de fuerza salvadora. De tal forma que estos dos elementos –la palabra y el gesto– definen la naturaleza sacramental de los signos salvadores de Jesucristo, prolongados por la Iglesia, por mandato del mismo Señor. La naturaleza sacramental de la li-

¹² PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Madrid 1994, pp. 118-119.

turgia requiere la doble realidad del texto y del gesto, *per ritus et preces* (SC, n. 48).

Para una adecuada conjunción de ambos aspectos se requiere la ayuda y orientación de las rúbricas, que son un elemento esencial de la tradición de la Iglesia. Porque, no olvidemos, la fe se transmite no sólo por la palabra, bien sea oral u escrita, sino también por los ritos litúrgicos. Desde aquel famoso axioma de Próspero de Aquitania, la *lex orandi* se comprende como *lex credendi*; es decir, la oración litúrgica define e interpreta también la fe de una determinada Iglesia o tradición eclesial.

El *rubrum* hace referencia a las indicaciones en rojo de los libros litúrgicos, que explican el modo de realizar los distintos ritos, e introducen el *nigrum*, es decir, los diversos textos eucológicos, que están impresos en color negro. Más allá de un puro elemento externo -a modo de guión teatral, en las rúbricas subyace y se custodia fielmente el espíritu de cada celebración litúrgica.

2.1. Las rúbricas en el *depositum fidei* de la Iglesia

Las rúbricas forman parte de la naturaleza sacramental de la liturgia, indicando el modo de proceder en la celebración de la fe, para que no se altere el *depositum fidei* de la tradición eclesial.

En este rico patrimonio de la fe de una tradición eclesial hay aspectos sustanciales que han de permanecer inalterados por respeto a la voluntad del Señor, tal como fue transmitido por la primigenia tradición apostólica. Sin embargo, hay otros aspectos que podríamos denominar secundarios, en el sentido de que han sido enriquecidos posteriormente por la Iglesia dependiendo del tiempo, la cultura o las circunstancias históricas. Así lo expone la Constitución *Sacrosanctum Concilium* cuando al regular las normas para adaptar la liturgia a la mentalidad y tradición de los pueblos invita a la revisión de los libros litúrgicos «salvada la unidad sustancial del rito romano» (SC, n. 37). Es decir, se admiten las variaciones y adaptaciones legítimas a diversos grupos, regiones, pueblos y culturas siempre que no se altere la sana tradición de la fe apostólica, transmitida también por los ritos litúrgicos.

Tal principio ayuda a valorar las diversas formas de lenguaje en la liturgia: palabra y canto, gestos y silencios, movimiento del cuerpo y colores litúrgicos, etc. Esta variada comunicación de la liturgia está dirigida a la totalidad del ser humano y atiende a sus cinco sentidos para comunicar el misterio con todas sus posibilidades. El código rubrical trata de preservar la recta celebración de la liturgia y la atención a todas sus particularidades; de modo que la desobediencia a este aspecto ritual puede alterar también la fe de una comunidad concreta. Porque la celebración de la liturgia «forma» o «deforma» la vida de una comunidad cristiana. La recta celebración litúrgica educa a una asamblea; mientras que la mala celebración de la liturgia confunde, no sólo en el aspecto externo del ritual, sino que probablemente también en la recta comprensión del misterio de fe que se celebra.

La liturgia es un don que nos ofrece la Iglesia para actualizar el misterio redentor de Jesucristo y comunicar la salvación a todos los que participan en ella. La actitud de los fieles ante este don debería ser la acogida con gratitud y docilidad: Gratitud por el don inefable que la Iglesia pone en nuestras manos; y docilidad como actitud del que es humilde, fiel y se reconoce pequeño ante la grandeza del Misterio que celebra.

2.2. El arte de celebrar correctamente

El conjunto de rúbricas definen el modo de celebrar correctamente una determinada celebración. No se trata sólo de realizar una serie de técnicas que dispongan al fiel para el recto seguimiento mimético y subjetivo de la misa. Sin desdeñar la actitud interior de devoción, se trata más bien de conocer y comprender también el sentido objetivo de la liturgia, tal como es dispuesto y custodiado por la Iglesia. Así lo expresaba el papa Juan Pablo II en su encíclica *Ecclesia de Eucaristía*: «En el contexto de este elevado sentido del misterio, se entiende cómo la fe de la Iglesia en el misterio eucarístico se haya expresado en la historia no sólo mediante la exigencia de una actitud interior de devoción, sino también a través de una serie de expresiones externas, orientadas a evocar y subrayar la magnitud del acontecimiento que se celebra. De aquí nace el proceso que ha llevado progresivamente

a establecer una especial reglamentación de la liturgia eucarística, en el respeto de las diversas tradiciones eclesiales legítimamente constituidas». ¹³

San Juan Pablo II hablaba de «una serie de expresiones externas, orientadas a evocar y subrayar la magnitud del acontecimiento que se celebra». Estas expresiones externas hacen referencia a la dimensión ritual del misterio de culto, que se ha visto perfilado y enriquecido gracias a un proceso progresivo de reglamentación de la liturgia eucarística. Partiendo de un núcleo esencial que se remonta a los gestos y voluntad del mismo Jesucristo, el proceso histórico de la tradición eclesial ha ido desarrollando y enriqueciendo la celebración litúrgica, hasta el punto de existir diversas tradiciones eclesiales legítimas. Todas ellas fundamentadas en la esencial tradición apostólica, pero enriquecidas por los matices culturales e históricos propios de cada tradición.

Este modo de celebrar correctamente (*ars celebrandi*) se basa en la obediencia fiel a la liturgia, que asegura la vida de fe de todos los creyentes de una determinada Iglesia o tradición eclesial. Porque la liturgia es expresión de la fe de una Iglesia. Por eso la recta celebración de la liturgia está vinculada con la recta profesión de fe de una Iglesia o comunidad cristiana. Es importante creer lo que se celebra. Sólo así podremos comprender y expresar la *veritas liturgiae*, es decir, la verdad de la liturgia, la verdad de todos los elementos de la celebración.

Algunas veces, se detecta una especie de esquizofrenia, que contradice la verdad de los signos de la liturgia y subraya la artificialidad en el modo de celebrar. Por ejemplo, en ocasiones al analizar determinados altares, descubres una ornamentación majestuosa en el lado frontal de cara al pueblo: mármoles blancos con columnas apoyadas en gradas dorados de león y magníficas incrustaciones de símbolos cristianos; bellamente adornado con manteles, flores y candelabros... Cuando uno pasa al lado posterior mirando al presbiterio, se encuentra una cavidad hueca donde se almacenan todo tipo de utensilios litúrgicos y no

¹³ SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia de eucharistia*, n. 49.

litúrgicos: megafonía, cables, enchufes, acetre e hisopo, etc. Cuando uno ve estas cosas se pregunta: pero... ¿por qué se cuida tanto el lado que mira al pueblo y tan poco el lado que no se ve? Si es el mismo y único altar... ¿por qué esta diferencia? El altar - todo él - es el símbolo de Jesucristo. Por eso es consagrado con el crisma el día de su dedicación, besado por sacerdotes y diáconos cuando se celebra, e incensado en cada solemnidad. Son gestos que tratan de significar la importancia sacramental de este espacio celebrativo central en toda celebración eucarística, y todo él debería ser cuidado con el mismo esmero en cada uno de sus elementos. Podríamos poner ejemplos muy significativos en esta práctica habitual y desaconsejable.

La exhortación *Sacramentum caritatis* vincula especialmente el *ars celebrandi* con la *actuosa participatio* de los fieles.¹⁴ Afirma que el arte de celebrar, no sólo no es contrario, sino que es la mejor premisa para promover la participación fructuosa de los fieles. El *ars celebrandi* es el arte de la celebración en vistas a una participación adecuada por parte de la asamblea en lo que se celebra. La participación activa de los fieles consiste en poner por obra la cualidad de quienes forman la *ecclesia*, como pueblo elegido y llamado por Dios a su servicio. Tanto el presidente, como los ministros y toda la asamblea han de realizar correctamente los elementos que componen la celebración litúrgica: gestos, palabras, cantos, actitudes, posturas. El «arte de celebrar» consiste en celebrar con arte, rectamente, con «noble sencillez», - tal como proponía la Constitución *Sacrosanctum Concilium* - el tesoro que la Iglesia nos ofrece en la liturgia: el misterio pascual de Jesucristo (cf. SC, nn. 5-6).

14 BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, n. 38: «En los trabajos sinodales se ha insistido varias veces en la necesidad de superar cualquier posible separación entre el *ars celebrandi*, es decir, el arte de celebrar rectamente, y la participación plena, activa y fructuosa de todos los fieles. Efectivamente, el primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*. El *ars celebrandi* proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa (cf 1Pe 2,4-5.9)».

2.3. Algunos peligros actuales

Quien celebra la liturgia, sobre todo quien preside, está expuesto siempre a celebrar entre dos riesgos extremos: el mimetismo y el relativismo. Por mimetismo entendemos aquel modo de celebrar obsesionado por seguir las rúbricas como un autómatas, sin percatarse del sentido y profundidad de los signos y los textos de la celebración. En este modo de celebrar faltaría vida y sentimiento en lo que se hace y ora. Se cumpliría con todo el ceremonial litúrgico, pero el corazón y la mente no estarían armonizados con la voz, es decir, con lo que se recita vocalmente y se realiza gestualmente. En este caso, no se cumpliría la recomendación expresada en el conocido adagio de San Benito referido a la oración litúrgica: *mens concordet vocis* (que la mente concuerde con la voz, que las palabras estén en sintonía con nuestro pensamiento). A veces, la comodidad nos lleva a celebrar de forma cansina, rutinaria, limitándonos a lo puramente exigido, y cerrados a toda novedad, como por ejemplo, la selección de elementos variables propuestos por los diferentes libros litúrgicos.

Por relativismo litúrgico se entiende aquella forma de celebrar en la que predomina tal libertad creativa que no hay referencias fijas ni estables en la celebración de la liturgia. Lo primero a señalar en este modo de proceder es la falta de fidelidad y obediencia a la normativa litúrgica expuesta en los libros litúrgicos. No se tiene en consideración el valor de las normas litúrgicas. Y lo segundo es que se tergiversa la sana creatividad litúrgica transformándola en recreación constante de la liturgia. Este relativismo litúrgico, generado en ocasiones por el propio presidente y muy extendido en algunas comunidades eclesiales, genera tal desconcierto y confusión en los fieles, que contribuye a perder la referencia católica de la liturgia, a desconocer la *lex orandi* eclesial y a infravalorar el sentido de la normativa litúrgica.

Ciertamente, hemos expuesto dos posturas extremas en su forma expresiva más exagerada. No es la praxis habitual en la celebración litúrgica de la mayoría de las comunidades cristianas. Sin embargo, conviene estar atento para advertir el riesgo de este errado modo de proceder.

Frente al mimetismo hay que recordar lo que aconseja la Instrucción *Redemptionis sacramentum*: «La observancia de las normas que han sido promulgadas por la autoridad de la Iglesia exige que concuerden la mente y la voz, las acciones externas y la intención del corazón. La mera observancia externa de las normas, como resulta evidente, es contraria a la esencia de la sagrada Liturgia, con la que Cristo quiere congregar a su Iglesia, y con ella formar un solo cuerpo y un solo espíritu».¹⁵ Frente al relativismo, recuerdo el hermoso texto de la Exhortación *Sacramentum caritatis*: «Por consiguiente, al subrayar la importancia del ars celebrandi, se pone de relieve el valor de las normas litúrgicas. El ars celebrandi ha de favorecer el sentido de lo sagrado y el uso de las formas exteriores que educan para ello... Para una adecuada ars celebrandi es igualmente importante la atención a todas las formas de lenguaje previstas por la liturgia: palabra y canto, gestos y silencios, movimientos del cuerpo, colores litúrgicos de los ornamentos. En efecto, la liturgia tiene por su naturaleza una variedad de formas de comunicación que abarcan todo el ser humano. La sencillez de los gestos y la sobriedad de los signos, realizados en el orden y en los tiempos previstos, comunican y atraen más que la artificiosidad de añadiduras inoportunas».¹⁶

Junto a los dos peligros extremos, anteriormente citados, considero oportuno señalar, a modo de ejemplo, algunos riesgos presentes que ofuscan la belleza y la verdad de algunas celebraciones.

En ocasiones, se constata una cierta dificultad en algunos grupos o personas para comprender el valor e importancia de algunos signos usados por la liturgia. Ciertamente, si los signos no son comprensibles, elocuentes, son opacos y no significan, la participación de los fieles queda negativamente afectada y esto ha de hacer reflexionar a la Iglesia. Sin embargo, en la reforma litúrgica propiciada por el Concilio Vaticano II, ya se hizo una profunda reflexión sobre muchos de estos aspectos y se tuvo en cuenta a la hora de revisar los libros litúrgicos. Esto no impide

¹⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Instrucción Redemptionis sacramentum*, Madrid 2004, n. 5.

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, n. 40.

que la autoridad responsable de la Iglesia en esta materia continúe escuchando y discerniendo el mejoramiento de la liturgia, como dice el famoso axioma «Ecclesia semper reformanda», que podemos aplicar a la liturgia: «liturgia semper reformanda» (la liturgia siempre está necesitada de reforma). No siempre la culpa de la incomprensión del lenguaje litúrgico lo tiene la propia litúrgica, sino que, a veces, el propio fiel no ha sido introducido convenientemente al lenguaje de la liturgia. Es decir, para comprender la liturgia es necesario una iniciación litúrgica, que te prepare y capacite para comprender no sólo el universo simbólico propio sino el misterio que tal lenguaje quiere expresar. Es lo que hacemos todos en otros campos de la vida humana. Una persona requiere una iniciación para comenzar a usar el ordenador y adentrarse en el mundo informático. Hay un lenguaje que desconoce, pero, con la práctica, entra en él, y lo asimila, y lo comprende.

Salvando las distancias, es el mismo proceso necesario para celebrar y vivir la liturgia. Sin una mínima iniciación es imposible comprender el misterio que se celebra, el lenguaje bíblico que inunda las oraciones y los gestos, el sentido de las diversas posturas de la asamblea, o la eficacia de los signos sacramentales. Por tanto, reivindico la necesaria iniciación litúrgica de todo el pueblo de Dios para comprender, celebrar y vivir la liturgia.

Cuando no es sí, se trata de sustituir los signos que no comprendemos por otros que son más familiares, pero que, probablemente, no tienen la misma equivalencia en la lógica estructural de la liturgia o adquieren un significado arbitrario diverso. Corremos el peligro de introducir signos por motivos ideológicos, propios de la persona o del grupo, que transforman y alteran el mensaje propio de la liturgia. Por ejemplo, es muy común observar en la eucaristía la procesión de las ofrendas con toda clase de signos y símbolos llevados por los niños de la catequesis, junto al pan y el vino. Lo primero que habría que ofrecer es el pan y el vino para la eucaristía, después las demás ofrendas. Pero resulta curioso que, niños y jóvenes, llevan todo tipo de objetos (balón, biblia, cartel, libro, etc.) y con una monición explican el sentido que dan ellos en ese momento a tales ofrendas. Lo presen-

tan junto al altar y lo dejan. Pero al finalizar la celebración, van corriendo al altar, toman los objetos presentados y se los llevan consigo. ¿Qué han interiorizado estos niños y jóvenes? Que la presentación de las ofrendas es una «acción teatral», algo simbólico, no material. Presentan en los objetos materiales «ofrendas simbólicas»: el trabajo, el amor, la paz, etc., pero no las ofrecen, no las entregan, no las comparten, no las dan. Precisamente en uno de los momentos de la liturgia donde más se educaba a los fieles en la generosidad, en el compartir los dones para celebrar la eucaristía y ayudar a los pobres, nosotros estamos educando a esta generación para una ofrenda ficticia. Creo que es un contrasentido y no la mejor praxis catequética. Si hemos de usar signos y símbolos, podemos hacerlo en otros momentos de la celebración, por ejemplo, al inicio, como monición de entrada; o al final, como monición de salida. Pero no utilizar las ofrendas para meter en ella todo tipo de prácticas y antojos ajenos a la celebración litúrgica, porque tergiversan su mensaje y confunden su sentido.

Ocurre lo mismo con el presbiterio de nuestras iglesias. Termina siendo un gran escenario en el que ahí está todo, para comodidad de una asamblea, que tiene todo enfrente a modo de escenario teatral: alta, ambón, sede presidencial, sagrario, retablo, pila bautismal, imagen del santo, carteles, plantas y flores, etc. La sobreabundancia de signos juntos los convierte en no significativos.

Muy ligado a este aspecto, está también un cierto «creacionismo» que afecta a algunas de nuestras liturgias. Me refiero al deseo de hacer o elaborar una liturgia «a nuestra imagen y semejanza», es decir, según nuestros gustos y manera de pensar. Se trata, por tanto, de «re-hacer», «re-crear» una liturgia, que es propia, y no ya la liturgia de la Iglesia.

¡Por supuesto que se pueden hacer adaptaciones en la celebración! Los propios libros litúrgicos indican las adaptaciones que competen al presidente o las que puede proponer la Conferencia Episcopal con la *recognitio* de la Sede Apostólica. Pero una comunidad o presidente de la celebración no puede asumir facultades que no le completen, porque puede alterar la

celebración que es de toda la Iglesia y a la que tiene derecho todos los fieles.

El papa Francisco ha sido muy claro al respecto: «El punto de partida es, en cambio, reconocer la realidad de la liturgia sagrada, un tesoro viviente que no puede reducirse a gustos, recetas y corrientes, sino que debe ser recibido con docilidad y promovido con amor, como un alimento insustituible para el crecimiento orgánico del Pueblo de Dios. La liturgia no es el campo del “hágalo usted mismo”, sino la epifanía de la comunión eclesial. Por lo tanto, en las oraciones y en los gestos resuena el “nosotros” y no el “yo”; la comunidad real, no el sujeto ideal. Cuando se añoran con nostalgia tendencias del pasado o se quieren imponer otras nuevas, existe el riesgo de anteponer la parte al todo, el “yo” al Pueblo de Dios, lo abstracto a lo concreto, la ideología a la comunión y, en la raíz, lo mundano a lo espiritual»¹⁷.

Por último, quisiera añadir en este apartado, una breve consideración sobre el valor de las moniciones en la liturgia. Es un elemento del que hablo ya la *Sacrosanctum concilium*.¹⁸ En el artículo 34, a hablar de los ritos, en general, manifiesta un principio inherente al estilo del Rito romano: lo característico de este Rito es la «noble sencillez», la claridad, la brevedad, «evitando repeticiones inútiles», «adaptándose a la capacidad de los fieles», y finaliza diciendo «y, en general, no deben precisar muchas explicaciones». En este número se precisan una serie de principios que han guiado la reforma de los libros litúrgicos.

En el artículo siguiente, propicia la «catequesis más específicamente litúrgica», como un elemento que ayudará a los fieles a introducirse en los misterios que celebran en la liturgia. Y, como un medio más para lograr dicho objetivo, dice a continuación: «y, si fuera necesario, prevéanse en los mismos ritos breves moniciones, que debe decir el sacerdote o ministro solo

17 FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la Plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los sacramentos*, 14 febrero 2019.

18 CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, n. 34: «Los ritos deben resplandecer con una noble sencillez, ser claros por su brevedad y evitar las repeticiones inútiles; han de adaptarse a la capacidad de los fieles y, en general, no deben precisar muchas explicaciones»; n. 35: «Inculquese también por todos los medios la catequesis más específicamente litúrgica y, si fuera necesario, prevéanse en los mismos ritos breves moniciones, que debe decir el sacerdote o ministro solo en los momentos más oportunos».

en los momentos más oportunos». Deberíamos de releer y meditar este número, al menos las personas encargadas de preparar la celebración litúrgica. Sabemos que hay algunas moniciones que forman parte de la estructura de determinadas celebraciones litúrgicas, por ejemplo, la monición al Padrenuestro en la Misa, o antes de la procesión del Domingo de Ramos. La normativa litúrgica permite hacer otro tipo de moniciones, pero se indican tres condiciones o características: «si fuera necesario», «breves» y «en los momentos más oportunos». Son tres aspectos que orientan claramente la función de las moniciones en la liturgia. ¿Por qué digo esto? Porque constato que hoy día ha habido una proliferación excesiva de moniciones en la liturgia. Ciertamente obedece a una buena intención catequética de ayudar a comprender mejor cada momento de la liturgia, pero el exceso en vez de ayudar, perjudica. Creo que estamos abusando demasiado de las palabras, a veces, para decir lo mismo que se va a decir a continuación. Por ejemplo, muchas de las moniciones a las lecturas repiten la misma idea que se va a escuchar en el momento de ser proclamadas. Además, no es necesario hacer todos los domingos una monición a cada lectura. Hay un exceso de palabra humana en detrimento de la Palabra divina. Dejemos que hable la Palabra de Dios; y hagamos moniciones a las lecturas, solo cuando sean necesarias.

Una monición es una breve intervención dirigida a la asamblea. Repito: breve; y extraordinaria. Sirve para advertir a la asamblea sobre algún aspecto particular, bien de los ritos o bien de los textos de la propia liturgia.

Pero el motivo fundamental por el que hay que estar atentos al abuso de las moniciones es que interrumpen el curso lógico de la celebración. Una monición supone la explicación de algo. Se trata de un lenguaje más propio de la catequesis que de la liturgia. La liturgia no explica, sino que ora, celebra. Este es uno de los retos que ha de abordar la necesaria implicación entre catequesis y liturgia. A veces, desde el mundo de la catequesis, se quiere aprovechar la celebración litúrgica para hacer catequesis sobre determinados temas; y hemos de comprender que no es el mismo ámbito, ni el más adecuado para ello.

Creo que el mutuo diálogo y trabajo entre los responsables de la catequesis y de la liturgia puede contribuir mucho a la correcta preparación de la celebración y a la fructuosa participación de los fieles.

La liturgia puede ser fuente de catequesis siguiendo y participando en el propio *iter* celebrativo que te introduce en el misterio celebrado. La celebración no es algo anárquico, sino que sigue una lógica teológica, que es la lógica de la revelación, como ya hemos indicado. Por eso, parafraseando la afirmación de *Sacramentum caritatis* referida a la eucaristía, podríamos decir que «la mejor catequesis sobre la liturgia es la liturgia bien celebrada». ¹⁹ ¿Por qué? Porque «por su propia naturaleza, la liturgia tiene una eficacia propia para introducir a los fieles en el conocimiento del misterio que se celebra». Por eso, se propone el modelo de una catequesis de carácter mistagógico, que lleve a los fieles a adentrarse cada vez más en los misterios celebrados.

3. La experiencia de comunidad

El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que «la liturgia es acción del Cristo total (*Christus totus*)», es decir, acción de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, la Iglesia. ²⁰ La celebración litúrgica expresa y transmite, no una fe «subjetiva», sino la fe de la Iglesia y al mismo tiempo hace crecer la fe eclesial. ²¹

Lo primero que llama la atención en una celebración litúrgica es la presencia de un grupo de fieles. No se celebra para una persona concreta, sino para una comunidad, conformada en asamblea litúrgica. Así lo recordaba el Concilio Vaticano II: «Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es “sacramento de unidad”, esto es, pueblo santo, congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos. Por tanto, pertenecen a todo el Cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan, pero afectan a cada miembro de este Cuerpo de

19 BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, n. 64: «La mejor catequesis catequesis sobre la eucaristía es la eucaristía bien celebrada».

20 CCE, n. 1136; cf. SC 7.

21 Cf. CCE, nn. 1123-1124.

manera diferente, según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual». ²²

Quien celebra la liturgia es toda la comunidad de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza, la comunidad de los bautizados. El fundamento de la participación litúrgica de los cristianos es el bautismo. Por eso, todos los cristianos son invitados a participar en la liturgia, y únicamente los cristianos, ²³ no como algo prescindible o accesorio, sino como una necesidad vital y un derecho de todos los bautizados. Esta fue una de las características que diferenciaba al cristianismo de los cultos paganos. En los templos paganos solo entraba el sacerdote para ofrecer el sacrificio y sus oraciones, en nombre del pueblo, a los dioses. En el cristianismo, eran todos los bautizados los que entraban a la *domus ecclesiae* o en la basílica para la celebración litúrgica, porque todos ellos, por el bautismo, eran sacerdotes. La misma estructura de las construcciones cristianas manifestaba la presencia de una comunidad como sujeto de las celebraciones litúrgicas, ordenada en diversos ministerios.

Comprendida así, la asamblea litúrgica se convierte en la mejor representación de lo que es la Iglesia, epifanía de la Iglesia, sobre todo, de la Iglesia local, cuando el pueblo y los ministros se congregan en torno a su obispo. La liturgia habla de comunidad y educa en el sentido comunitario. Sin embargo, es conveniente clarificar que el centro de la liturgia es Cristo, el misterio redentor de Cristo, actualizado en la acción litúrgica que celebra su Cuerpo, la Iglesia. No nos celebramos a nosotros mismos, sino que celebramos el misterio de Jesucristo en una comunidad, que representa la Iglesia. A veces, se observa una cierta «autoreferencialidad» en algunas interpretaciones sobre la liturgia, que hablan únicamente de la acción de la comunidad concreta y pierden de vista el misterio central de Jesucristo y la catolicidad de la Iglesia. Cristo es el centro de la liturgia y de la catequesis, porque es el centro de la verdad revelada en la historia de la salvación.

²² CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, *Sacrosanctum concilium*, n. 26.

²³ *Enseñanza de los Doce Apóstoles* (Didaché) IX, 5, en *Padres Apostólicos*, ed. J. J. Ayán, Madrid 2000, p.48: «Nadie coma ni beba de vuestra eucaristía a no ser los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de esto también dijo el Señor: No deis lo santo a los perros».

Otro aspecto inherente a la liturgia es que no habla el «yo» individual de cada fiel, sino el «nosotros» de la comunidad. Aunque hay algunos momentos en los que hay oraciones o respuestas que se dicen en primera persona del singular (algunos de ellos son las apologías del sacerdote que se dicen en secreto), sin embargo, la mayor parte de las oraciones y las fundamentales usan la primera persona del plural, el nosotros de la «Iglesia». Por ejemplo, el sacerdote invita a los fieles diciendo «oremos», «demos gracias al Señor», «concédenos», etc. El mismo lenguaje litúrgico introduce a los fieles en el contexto comunitario de la Iglesia. La liturgia habla de «común-unidad», de comunión, y no de individuo y división. Todos somos diversos y diferentes, pero podemos celebrar y vivir unidos. La liturgia forma la Iglesia, la comunidad; y descubre al cristiano que no es un individuo solo, sino que es hijo y hermano.

Por eso, si la liturgia es epifanía de la Iglesia, quienes celebran la liturgia han de estar en comunión con la Iglesia. Esto es lo que quiere manifestar, por ejemplo, la mención del Papa y del obispo en la Plegaria eucarística: «El Papa es asociado a toda celebración de la eucaristía en la que es nombrado como signo y servidor de la unidad de la Iglesia universal. El obispo del lugar es siempre responsable de la eucaristía, incluso cuando es presidida por un presbítero; el nombre del obispo se pronuncia en ella para significar su presidencia de la Iglesia particular en medio del presbiterio y con la asistencia de los diáconos».²⁴

Tanto quienes celebran la liturgia, como quienes desempeñan el ministerio de la formación catequética en nombre de la Iglesia, forman parte de la Iglesia y han de cumplir y hacer lo que quiere la Iglesia. La liturgia es, por tanto, un contexto en el que los fieles experimentan el sentido de comunidad y comunión eclesial.

24 CCE, n. 1369.

4. El sentido del misterio

En el Occidente, estamos viviendo un momento cultural en el que Dios ya no forma parte de los intereses de la sociedad actual, de la *res publica* (lo público), sino que ha sido relegado al ámbito de lo privado y vinculado al ámbito del sentimiento. El hombre actual no busca ya el misterio, lo divino, sino que confía más en la ciencia y el conocimiento humano, esperando que éstos puedan descifrar todo lo que no entendemos. La cientificidad se ha convertido en la categoría suprema de la mentalidad actual.²⁵

Filósofos y sociólogos se prodigan en estudios de todo tipo analizando las posibles causas de este cambio de paradigma cultural, especialmente, en la mentalidad occidental de influencia europea. La predominancia de los valores cristianos permeados en la cultura europea ha dado lugar a una actitud predominante de indiferencia y apostasía ante lo religioso. No se trata tanto de un ataque público a lo religioso, cuanto indiferencia y rechazo a lo cristiano, precisamente en un momento en el que se extiende en este territorio la influencia del islam y el «radicalismo» de alguno de sus fieles. Pero, frente a esta situación europea definida muy sintéticamente, hay otras culturas y sociedades que no viven este fenómeno, sino que experimentan un renacer de la fe cristiana.

En este apartado me refiero, particularmente, a los fieles cristianos católicos que vivimos en el ámbito occidental europeo. La liturgia se convierte en un «tiempo» y un «espacio» en el que Dios está presente en medio de esta sociedad secularizada y desacralizada. Es el único ámbito que ofrece la posibilidad del encuentro comunitario y personal con Dios; porque la liturgia habla de Dios, abre a Dios y nos orienta hacia Él.²⁶ Así los expresan los mismos

²⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, Barcelona 2010, p.145: «El hombre ya no busca más el misterio, lo divino, sino que cree saber: la ciencia descifrará en algún momento todo aquello que todavía no entendemos. La cientificidad se ha convertido en la categoría suprema».

²⁶ FRANCISCO, *Discurso a la Plenaria del Pontificio Comité para los Congresos Eucarísticos Internacionales*, 10 noviembre 2019: «En Europa, enferma por la indiferencia y atravesada por divisiones y barreras, los cristianos ante todo renuevan cada domingo el gesto sencillo y fuerte de su fe: se reúnen en el nombre del Señor reconociéndose hermanos entre sí. Y el milagro se repite: en la escucha de la palabra y en el gesto del Pan partido, incluso la asamblea más pequeña y humilde de creyentes se convierte en el cuerpo del Señor, su sagrario en el mundo. Así, la celebración de la Eucaristía favorece el desarrollo de las actitudes que generan una cultura eucarística, porque nos impulsa a transformar, en gestos y actitudes de vida, la gracia de Cristo, que se entregó totalmente».

textos y gestos de la celebración. Algunas veces, las rúbricas indican el modo de orar del celebrante: «levantando los ojos al cielo» para significar que la oración se dirige a Dios, no a la asamblea de fieles reunida. O, por ejemplo, el texto de las oraciones: «A ti, Dios Padre suplicamos...» en el que nos dirigimos a Dios Padre con confianza, llamándole de «tu»; algo inusual en el lenguaje de otras religiones.

La liturgia recuerda al hombre de todos los tiempos el primado de Dios, el primado de la gracia. Y esta es la lógica de la revelación: Dios habla y el hombre responde; el hombre invoca y Dios actúa.

4.1. Liturgia, encuentro entre Dios y el hombre

Como bien explicaba santo Tomás de Aquino y otros muchos pensadores cristianos, el sentido de la religión para el hombre es entrar en relación con Dios. La liturgia, por propia naturaleza, no solo estimula la búsqueda de Dios, el encuentro con Él y la conversión a Él, sino que posibilita este encuentro entre Dios y el hombre, y actualiza su presencia entre nosotros. Por eso, se denomina «sagrada». Y esta realidad se expresa también en su estructura dialógica: «La liturgia es el acto en el que creemos que Él entra y que nosotros lo tocamos, entramos en contacto con Dios, escuchamos su palabra, El mismo se nos regala en el pan transformado».²⁷ Si realmente en la liturgia acontece este misterio de encuentro y comunión entre Dios y el hombre, comprenderemos la importancia de que la forma eclesial esté preestablecida y no se pueda inventar o recrear en cada comunidad. Se trata de salir de sí mismo y «entrar en el misterio de Dios».²⁸ La liturgia, por tanto, se recibe por tradición («Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido», *1 Cor 11, 23*), es un don recibido. Y ella misma es tradición.

Especialmente en los momentos actuales, la liturgia católica está expuesta a la tentación de lo aparente y espectacular, es de-

²⁷ BENEDICTO XVI, o.c., p. 163.

²⁸ Cf. FRANCISCO, *Homilía* en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, 10 febrero 2014: «La liturgia es tiempo de Dios y espacio de Dios, y nosotros debemos entrar allí, en el tiempo de Dios, en el espacio de Dios y no mirar el reloj. La liturgia es precisamente entrar en el misterio de Dios; dejarnos llevar al misterio y estar en el misterio... En la celebración entramos en el misterio de Dios, en esa senda que nosotros no podemos controlar».

cir, al peligro de hacer una liturgia a imagen y semejanza de quienes componen una asamblea litúrgica. Crear una liturgia propia corre el peligro de «antropofornizar» en exceso la liturgia de la Iglesia. Pero es, verdad también, que, a veces, resulta difícil comprender algunos textos y gestos de la propia liturgia y los fieles requieren mayor facilidad para comprender estos elementos. Precisamente por esta razón, los libros litúrgicos prevén diversos tipos de adaptación para acomodar la celebración a la asamblea concreta. Más aún, no faltan voces que reclaman también mayor conexión de la celebración litúrgica con la vida concreta de cada comunidad de fieles que celebra. Tal vez esta sea una de las ideas más significativas del magisterio litúrgico del Papa Francisco: la conexión de la liturgia con la vida de los fieles.²⁹

La liturgia no puede decirlo y explicarlo todo. El misterio se evoca a través del lenguaje humano: la ritualidad de una acción litúrgica, compuesta –como ya hemos señalado– de signos y palabras. Esto es lo que expresa el famoso axioma latino: «per visibilia ad invisibilia»; pero comprendiendo que el misterio, que necesita del lenguaje humano, trasciende este mismo lenguaje.

4.2. Sentido de lo sagrado

A mi juicio, una de las aportaciones más importantes del pontificado de Benedicto XVI al ámbito de la reflexión de la liturgia ha sido la insistente llamada que ha hecho a recuperar el sentido de lo sagrado en nuestras celebraciones. Según él, la celebración litúrgica se ha de caracterizar por un profundo sentido de lo sagrado, porque el hombre y la comunidad se encuentran ante Dios. Si en el interior del ser humano hay un anhelo y búsqueda de un

²⁹ FRANCISCO, *Homilía en la parroquia romana de "Todos los Santos"*, 7 marzo 2015: «Por lo tanto, la Iglesia nos llama a tener y promover una vida litúrgica auténtica, a fin de que pueda haber sintonía entre lo que la liturgia celebra y lo que nosotros vivimos en nuestra existencia. Se trata de expresar en la vida lo que hemos recibido mediante la fe y lo que hemos celebrado (cf. Sacrosanctum Concilium, 10)»; Discurso ai partecipanti alla 68.ma Settimana Liturgica Nazionale, 24 agosto 2017: «La liturgia è vita e non un'idea da capire. Porta infatti a vivere un'esperienza iniziatica, ossia trasformativa del modo di pensare e di comportarsi, e non ad arricchire il proprio bagaglio di idee su Dio. Il culto liturgico "non è anzitutto una dottrina da comprendere, o un rito da compiere; è naturalmente anche questo ma in un'altra maniera, è essenzialmente diverso: è una sorgente di vita e di luce per il nostro cammino di fede" ... I riti e le preghiere (cf. SC 48), per quello che sono e non per le spiegazioni che ne diamo, diventano pertanto una scuola di vita cristiana, aperta a quanti hanno orecchi, occhi e cuore dischiusi ad apprendere la vocazione e la missione dei discepoli di Gesù».

auténtico encuentro con Dios, «la liturgia ofrece la respuesta más profunda y eficaz. Lo hace especialmente en la eucaristía, en la que se nos permite unirnos al sacrificio de Cristo y alimentarnos de su cuerpo y sangre. Sin embargo, los pastores deben procurar que el sentido del misterio penetre en las conciencias, redescubriendo y practicando el «arte mistagógico», tan apreciado por los Padres de la Iglesia.³⁰ Según esta afirmación, la celebración de la liturgia es una forma infalible para ayudar a los fieles a crecer en su fe a través de la experiencia. Es decir, la experiencia celebrativa de los fieles, ayudada por una preparación y acompañamiento adecuados (catequesis mistagógica) se convierte en fuente de crecimiento en la fe y alimento de una vida cristiana comprometida en el servicio de la caridad. Tratando este tema, recuerdo las palabras de la exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa* que señalaba con preocupación: «Algunos síntomas revelan un decaimiento del sentido del misterio en las celebraciones litúrgicas, que deberían precisamente acercarnos a él. Por tanto, es urgente que en la Iglesia se reavive el auténtico sentido de la liturgia. Ésta... es instrumento de santificación, celebración de la fe de la Iglesia y medio de transmisión de la fe».³¹

4.3. Revalorizar el silencio

En medio de los ruidos y distracciones de la sociedad contemporánea, se siente la necesidad del silencio. Miles de personas acuden al Oriente asiático en busca de meditación y de silencio. Los centros de yoga en Occidente atraen a miles de seguidores. Es lógico que san Juan Pablo II advirtiera ya hace años que «en una sociedad que vive de manera cada vez más frenética, a menudo aturdida por ruidos y dispersa en lo efímero, es vital redescubrir el valor del silencio»³².

Esta sed de silencio puede ser saciada en momentos de oración personal, de ejercicios espirituales y retiros de todo tipo, pero también en la celebración litúrgica. Porque además de silencio personal hay un «silencio litúrgico», que es comunitario: «Un aspecto que es preciso cultivar con más esmero en nuestras co-

30 SAN JUAN PABLO II, *Spiritus et Sponsa*, n. 12.

31 SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 70.

32 SAN JUAN PABLO II, *Spiritus et Sponsa*, n.13.

munidades es la experiencia del silencio. Resulta necesario “para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más estrechamente la oración personal con la palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia”... la liturgia, entre sus diversos momentos y signos, no puede descuidar el del silencio».33

Así como en otros tiempos se hablaba del *horror vacui* en el ámbito artístico, sobre todo, arquitectónico; hoy día podríamos hablar de un *horror silentii* en el ámbito litúrgico católico. En algunas celebraciones y en algunos presidentes de la celebración se constata “miedo al silencio”, que se afronta con la multiplicación de palabras (homilías que no terminan nunca, moniciones explicativas a todo, etc.) o del recurso a la música (incluso en los momentos sacramentales más clásicos en los que la Iglesia siempre ha solicitado el silencio orante y adorante, como, por ejemplo, en la consagración del pan y del vino en la eucaristía, o la imposición de manos en las ordenaciones de obispo y presbíteros).

En fin, podemos concluir este apartado afirmando que, frente al antropocentrismo reinante en la mentalidad actual, la liturgia abre a la trascendencia.

5. Conclusión

Hemos tratado sobre algunas notas significativas de la liturgia que han de ser consideradas por la catequesis; más aún, que son «fuente inagotable de catequesis para los fieles» en la misma celebración. Pero quisiera concluir con una pregunta, a la que he tenido que enfrentarme muchas veces en mis años de párroco, no solo en la conversación personal, sino también en las reuniones de catequistas en las diversas parroquias que he servido: ¿Para qué sirve la liturgia?

33 SAN JUAN PABLO II, *Spiritus et Sponsa*, n. 13; FRANCISCO, *Audiencia general*, 15 noviembre 2017: «Rezar, como todo verdadero diálogo, es también saber permanecer en silencio - en los diálogos hay momentos de silencio -, en silencio junto a Jesús. Y cuando nosotros vamos a misa, quizá llegamos cinco minutos antes y empezamos a hablar con este que está a nuestro lado. Pero no es el momento de hablar: es el momento del silencio para prepararnos al diálogo. Es el momento de recogerse en el corazón para prepararse al encuentro con Jesús. ¿El silencio es muy importante!... No vamos a un espectáculo, vamos al encuentro con el Señor y el silencio nos prepara y acompaña».

La respuesta sintetizada en los documentos magisteriales de la Iglesia, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, es doble: glorificación de Dios y santificación de los hombres. Efectivamente, la liturgia, en primer lugar, se dirige a Dios, es alabanza y acción de gracias a Dios por el misterio de la salvación acontecido en Jesucristo: «por nosotros, los hombres y por nuestra salvación...», decimos en el Credo; pero también es presencia y acción de Dios en el hoy de la historia de la salvación. La liturgia manifiesta que en la vida de los fieles cuenta Dios, cuenta la gracia de Dios, y no solo el esfuerzo loable del hombre. Si fuera así correríamos el peligro de un cierto «neo-pelagianismo».

Y la liturgia manifiesta también que, aun siendo necesaria la mediación del lenguaje humano para comunicarse con el hombre, como en la revelación, el misterio de Dios celebrado trasciende la acción litúrgica. Por eso, hemos de estar atentos, sobre todo en el ámbito de la catequesis a valorar ponderadamente el aspecto intelectual en el proceso de maduración en la fe. Por supuesto, que la formación es una ayuda inestimable e imprescindible para asumir las verdades de la fe cristiana y asumir coherentemente la verdad de los sacramentos. Es más, creo que estamos en un momento histórico en el que debemos incrementar la formación integral de los fieles católicos. Pero acecha el riesgo también -como en otros momentos históricos- de caer en un cierto «neo-jansenismo», que confían demasiado en la palabra humana, en la explicación metódica de todo, en el conocimiento intelectual como requisito ineludible para el encuentro con Dios y condición *sine qua non* para la recepción de los sacramentos. Por tanto, podemos correr el riesgo de caer en un cierto neo-pelagianismo y neo-jansenismo. Tendríamos que hacer mayores comentarios a todo esto, pero valgan estas palabras como humilde sugerencia para la reflexión de los catequistas actuales, que tienen verdaderamente una tarea encomiable y nada fácil. Precisamente, por eso, quería concluir esta disertación alentando a todos los catequistas a recordar que en la liturgia el primado es de Dios y de la gracia en vistas siempre a la santificación de la vida del cristiano y, por ende, de las comunidades cristianas. No hay otro objetivo.

La renovación litúrgica querida por el Concilio Vaticano II tiene como finalidad la renovación eclesial. La liturgia debe asumir la realidad personal y la existencia moral de cada persona. Donde no es así, es imposible que se fundan el culto y la vida, la celebración litúrgica y la existencia cotidiana. Y, como ya hemos indicado, la liturgia incorpora la vida de cada uno de los fieles y de la comunidad.

De este modo, la liturgia se convierte en motor del testimonio cristiano, porque invita a vivir en la vida concreta el misterio celebrado. El testimonio cristiano es el que lleva al anuncio de Jesucristo y del Evangelio. Como indicábamos al inicio, tanto la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI como la *Evangelii gaudium* del Papa Francisco subrayan que el testimonio es previo al primer anuncio de Jesucristo. Es un dato que hemos de comprender todos los que tenemos la misión de anunciar el Evangelio en la Iglesia, también los catequistas. Nuestro testimonio es la condición previa para anunciar la Palabra de Dios en cualquier circunstancia y a cualquier persona o grupo.

La liturgia alimenta la fe y alienta al testimonio de todo misionero, de todo anunciador del Evangelio, de todo catequista. Por eso, no podemos vivir sin la celebración litúrgica, tanto de los sacramentos, como de los sacramentales o de la Liturgia de las Horas. La liturgia es un misterio de fe, que solo puede ser comprendido desde la fe, solo puede ser celebrado con fe, y solo puede ser vivido en la fe. De ahí, la ayuda inestimable de la catequesis, que ayuda a madurar en la fe, para que los fieles puedan participar de la liturgia. La catequesis es camino de fe; la liturgia es misterio de la fe: *Mysterium fidei*.

Siempre me ha llamado la atención el texto evangélico de la hemorroísa, aquella mujer anciana, que tenía hemorragias (de ahí la denominación de hemorroísa) y se encuentra con Jesús. Leamos el texto:

«Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor y se quedó junto al mar. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: Mi niña está en las últimas;

ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva. Se fue con él y lo seguía mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando: Con solo tocarle el manto curaré.

Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió enseguida, en medio de la gente y preguntaba: “¿Quién me ha tocado el manto?” Los discípulos le contestaban: “Ves como te apretuja toda la gente y preguntas: ¿Quién me ha tocado?”. Él seguía mirando alrededor, para ver a la que había hecho eso. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Él le dice: “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad» (Mc 5, 21-34).

¿Qué aprendemos de este texto? Mucho. Aquella mujer anciana estaba enferma, perdía sangre desde hace doce años. Había ido a los médicos, pero en vez de curar, había empeorado; perdiendo en ello toda su fortuna. Anciana, débil, pobre. Y en esta situación penosa de su vida, oyó hablar de Jesús y lo ve pasar por delante de ella. ¿Qué hace? Ella desea tocarlo, pero corre grave peligro. Dice el texto que había mucha gente en torno a Jesús que lo apretujaba. Para esa mujer es peligroso acercarse a Jesús. Está inestable, puede caerse y romperse... ¿Qué hace? En un golpe de valentía y audacia, pese a todos los peligros, se acerca a Jesús y toca el borde de su manto. No puede acceder más a él. Y en ese momento ocurre algo extraordinario, que ella no esperaba. En primer lugar, -dice el texto-, «inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado». Advirtamos la prontitud del efecto: «inmediatamente» fue consciente de que estaba curada. Pero, en segundo lugar, Jesús se para y pregunta en alta voz: «¿Quién me ha tocado el manto?». Los discípulos e imagino que todos los presentes, no comprenden la pregunta de Jesús. ¿Cómo puede preguntar quién le ha tocado

el mano cuando toda la gente le está apretujando y tocando? Pero el Señor, sigue preguntando en alto y quizás mirando a su alrededor: ¿Quién me ha tocado? Los discípulos siguen sin entender, ni nadie de los presentes, salvo aquella pobre mujer que, consciente de lo que ha acontecido en ella, se acerca a Jesús, «asustada y temblorosa», porque no sabe como va a reaccionar el Maestro y reconoce que ha sido ella.

La respuesta de Jesús calma todos sus pesares y reafirma su misericordia para con ella: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz».

¿Por qué menciono este texto evangélico al final de esta reflexión sobre la liturgia? Porque creo que puede aportarnos una clave importante para interpretar nuestra actitud actual frente a la celebración litúrgica y muchas de nuestras reservas hacia ella.

En el texto que hemos mencionado muchas personas tocaban a Jesús; más aún, lo apretujaban, pero no les sucedió nada, no hubo ningún cambio substancial en su vida. Sin embargo, en aquella mujer, sí, ¿por qué? Porque la gente tocaba *materialmente* a Jesús; pero aquella mujer enferma lo tocó *con fe*. Esa es la diferencia y la causa de lo sucedido.

A veces, todos nosotros, presbíteros y catequistas, estamos muy habituados a «tocar» la liturgia: preparar y participar en las celebraciones, hacer moniciones y preces cada domingo, leer lecturas bíblicas, comulgar el Cuerpo del Señor, etc., pero no nos ocurre nada, no cambia nuestra vida, seguimos la misma rutina de siempre. Tocamos las cosas «sagradas», pero no cambiamos. Mi pregunta final es ésta, dirigida a todos los presentes, ¿no será que nos falta fe?